

butarle ningún honor. El noble corazón de Jesús arde de amor por nosotros, y nuestro corazón está frío y es todo de hielo para él. Este divino huésped nos invita y nos previene al banquete celestial, y nosotros nos negamos á asistir á él: ávidos de un alimento inmundo, no tenemos más que disgusto por el pan de los ángeles.

¡Oh Jesús, Dios de la Eucaristía! ¿qué prodigio será más sorprendente, el de vuestra bondad, ó el de nuestra malicia? Sí, somos más insensibles que el bruto; nuestro corazón es más duro que la roca pues que vuestros beneficios no pueden inspirarnos mejores y más generosos pensamientos.

Interroguémonos aquí nosotros mismos. ¿Con qué modestia exterior y con qué respeto interior estamos resueltos á asistir de hoy en adelante á la Iglesia? ¿Cuántas veces al día, y á qué hora visitaremos el Santísimo Sacramento? ¿Cuántas veces á la semana, y qué día nos acercaremos á la santa mesa? ¿Con qué fidelidad nos proponemos hacer antes y después de la comunión los actos de las virtudes propias de esta circunstancia, principalmente los actos de las virtudes teologales? ¿Qué otros actos haremos, y con qué fervor? ¿No podríamos adoptar para esto un método más perfec-

to y más útil que el que hemos seguido? Corrijamos los defectos de nuestras omisiones pasadas, con el temor de que, continuando recibiendo á nuestro Dios con disposiciones imperfectas, *no comamos y bebamos nuestra propia sentencia por no distinguir el cuerpo del Señor*¹ y que no nos hagamos indignos de la gracia de una buena muerte. Ciertamente, un corazón bastante insensible para considerar la excelencia de la divina Eucaristía, sin concebir un aumento de fervor y devoción hacia este adorable misterio, no puede esperar más que ser privado en la muerte de las gracias anexas al santo Viático.

ARTICULO II

Del poco fruto que sacan de la Eucaristía los que comulgan con tibieza.

Ya lo hemos dicho, la Eucaristía es un sacramento de una excelencia divina; y no obstante, apenas sacamos algún fruto de ella. Tomás de Kempis nos asegura que es tan grande la virtud de este inefable misterio, que si un cristiano por su propia maldad no opusiese obstáculo, podría con una sola comunión bien hecha llegar á ser luego un gran santo. Mas, á

¹ Cor. 11. 1. 29.

causa de nuestra tibieza y de nuestra flojedad, después de tan numerosas comuniones hechas en el tiempo de nuestra vida, no nos hemos convertido en santos; por el contrario, no hemos adquirido aún ni una virtud mediana. ¿Qué digo? Somos siempre culpables, tibios, pecadores, y hallámonos sujetos á una infinidad de defectos y de vicios. Si un infiel ó un pagano hubiese recibido la mitad de las gracias que el Dios de la Eucaristía ha derramado tantas veces y con tanta prodigalidad sobre nosotros en su sacramento de amor, se habría hecho tal vez un gran santo; y nosotros, cristianos, religiosos, sacerdotes, nos adormecemos al salir de este banquete sagrado en el vergonzoso sueño de nuestra tibieza.

¡Oh Dios mio! ¿cuál no será mi confusión en el último juicio, cuando conozca que podía elevarme á un alto grado de santidad, que tenía un medio tan fácil y no le he querido? ¿Cuál no será el terror y la consternación de un sacerdote en la muerte, cuando se acuerde de que en el santo Sacrificio se ha acercado tantas veces á la fuente en el manantial mismo de todas las gracias, que Jesucristo mismo le ha ofrecido, con un amor infinito, toda la efusión de sus divinos favores, y que, no obstante, él se ha privado de ellos por su tibieza y por su negligencia?

¿Y cuando se acuerde de que ha llevado tantas veces en sus manos al Autor de toda pureza, al Cordero sin mancha, y que, sin embargo ha vivido constantemente en las horrorosas manchas del pecado? ¿Y cuando considere que en el santo Sacramento del altar Dios ha acumulado milagros sobre milagros, que se ha anonadado á sí mismo para mendigar, si así puede decirse, alguna reciprocidad de amor, y que él no ha correspondido á tan inmensa caridad, sino con el frío de la ingratitud, que ha permanecido seco en medio del océano de las gracias, indigente cerca del inagotable tesoro de todos los bienes, y muriendo de hambre aunque sentado en el banquete de Dios mismo?

Si, es inexcusable el cristiano que, alimentado por Dios, conserva un corazón profano y lleno de vicios; el que, saciado de la divina Eucaristía, vive aún apegado á las criaturas. Sin embargo, con mucha frecuencia se ve esta repugnante monstruosidad. Jesucristo derrama sobre nosotros en la santa Mesa todos los tesoros de su ternura y de su bondad; este amabilísimo Dios de los corazones no perdona nada para abrasarnos con su amor en las inefables delicias de la Eucaristía, y no obstante nosotros permanecemos adormecidos y tibios; acce-

demos á ser los convidados de los ángeles, y no dejamos de vivir esclavos de las inclinaciones desordenadas de nuestro corazón y aun de nuestros pecados. ¡Desgraciado de mí! exclama San Crisóstomo! ¡desgraciado de mí! *porque ¿cuántos caminos de salvación no se me han abierto? El Salvador nos ha comunicado su cuerpo, y nos ha convertido en su cuerpo, y ninguno de estos favores nos aparta del mal, no nos aparta del pecado. Nos ha saciado con su carne santificante, y nosotros deseamos los manjares groseros del Egipto. Cordero inmaculado, no ha servido en su mesa otro alimento que él mismo, y nosotros llevamos siempre las manchas de las mismas faltas. ¿Qué excusas alegaremos, pues, si caemos en tales debilidades luego de haber tomado un alimento tan nutritivo? ¿Y si comemos el Cordero divino sin perder la maldad del lobo?*

Debiéramos, continúa el mismo Padre, retirarnos de esta Mesa sagrada, como leones respirando fuego, y hechos terribles para el infierno, y salimos con el corazón frío, hechos el objeto de la burla de Satanás. Comemos el Cordero divino, y deseamos participar del pasto de los animales inmundos: embriagados con la celestial bebida, tenemos

sed de las aguas cenagosas de la tierra; llenos de Jesucristo, corremos á las criaturas; saciados con la santidad misma, nos cargamos con los lazos de la iniquidad. ¡Oh Serafines! ¡cubrios el rostro con vuestras alas para no ver la abominación de la desolación!

Si, es inexcusable el cristiano que se alimenta de Dios y que vive aún con un corazón profano y esclavo de sus vicios, el cristiano que no es santo. ¡Oh alma mía! sondéa tu conciencia y responde: ¿De cuántos vicios te has corregido participando de la santa Eucaristía? ¿Cuántos malos hábitos has desarraigado? ¿Cuántos defectos has arrancado? Te has sentado más de cien veces ante la Mesa celestial, y tal vez no has reparado ni una sola de tus imperfecciones. Como te has aproximado al Santo de los santos, así te has retirado de su presencia, tan avaro, tan orgulloso, tan colérico, tan impaciente en la adversidad, tan inmortificado, y tan ávido de placeres: no has tenido ninguna enmienda, y plegue á Dios que no te hayas hecho peor, más fácil á las impresiones del vicio, y más insensible á los atractivos de la virtud!

¿Qué quieres hacer en lo venidero? ¿Quieres continuar alimentándote del pan de los ángeles sin sacar ningún fruto?... Reflexiona seriamente: ¿Qué pre-

tendes hacer? ¿Quieres continuar así? El medio de cesar esas comuniones inútiles es examinar qué pecado ó qué defecto particular desagrada más á Dios en nosotros, proponiéndonos firmemente corregirnos con el auxilio de la santa comunión: y examinar también con cuidado qué inclinación en particular, qué afecto desordenado en nuestro corazón opone mayor obstáculo á que Dios nos comunique con abundancia los preciosos favores de su gracia, y, con la espada del espíritu, inmolarlo generosamente al Dios de la Eucaristia sobre el altar de nuestro corazón. Sobre todo, no conviene descansar hasta que hayamos libertado nuestro corazón del objeto por el cual siente un apego desordenado, y que hayamos arrancado la inclinación y el afecto desordenado que le arrastra. Si no se toma más que una pequeña cantidad de agua en el mar, con un cántaro lleno de piedras, esto no es por culpa del mar, sino del cántaro, que está lleno. Cuando nos presentamos á la comunión con un corazón lleno de malos afectos, ¿qué puede admirar si no recibimos más que una pequeña medida de gracia? Presentemos á Jesucristo un corazón vacío de defectos, y él nos lo volverá colmado de los tesoros celestiales. Si es una locura preferir una caja llena de piedras á un

cofre lleno de oro; rehusar la oferta de un diamante por el temor de dejar caer un pedazo de vidrio que tenemos en la mano, ¿qué será no querer dejar la criatura para poseer al Criador, y preferir la pérdida de Dios á la de un poco de barro? Porque esta pasión, ese fútil objeto por el cual nuestro corazón alimenta un apego desordenado, ¿qué son sino cieno, ó una paja digna de ser consumida? En fin, si descubrimos en los pliegues de nuestra conciencia algún hábito, algún afecto, algún pecado venial, hagamos cuanto nos sea posible para arrancarlo de nuestro corazón; porque causamos más pena á Dios, por un solo pecado venial deliberado y voluntario, que satisfacción y gloria le daríamos si pudiésemos cambiar el infierno mismo en paraíso.

¡Valor, pues! demos alguna prueba de nuestra generosidad. ¿Por ventura no lo merece el divino amor, oculto bajo los velos místicos? No somos hombres si nos atrevemos á negar alguna cosa á un Dios que se anonada por nosotros. ¡Qué! ¿nos costaría mucho inmolar un mal hábito ó un afecto desordenado al Salvador que ha sacrificado su sangre y su vida por nosotros?

Es este un vano temor que nos intimida. Pensemos que la eternidad, el cielo y nuestra alma valen más de lo que pode-

mos hacer; que nuestra corona eterna depende tal vez de la victoria que se trata de ganar ahora. Si ignoramos lo que debemos inmolar á Dios, tomémos algún tiempo después de la santa comunión para reflexionar, y pidamos á nuestro Señor Jesucristo, presente en nuestro corazón, que se digne hacernos conocer lo que le desagrade más en nosotros, lo que quiere más particularmente que hagamos ó evitemos; cuál es la pasión ó la criatura cuyo sacrificio quiere que le hagamos sobre el altar de nuestro corazón. Tengamos confianza; Dios hará muchas veces oír en esa comunión interior palabras admirables, y un rayo de su celestial luz vendrá á manifestarnos su voluntad santa. Sigamos esta práctica: con ella viviremos santamente y lograremos una dichosa muerte. Participando de esa manera de la Mesa sagrada, aseguraremos para nuestra última hora, no solamente un delicioso consuelo, sino también un poderosísimo auxilio. Sin embargo no basta reconocer el poco fruto que sacamos de la comunión, es necesario subir hasta el principio de este mal. La tibieza con que nos presentamos al banquete celestial es lo que vuelve vuestras comuniones tan infructuosas. En nuestros días nada más común que la práctica de la frecuente

comunión, pero también nada más raro tal vez que una comunión fervorosa. Tendríamos horror, es cierto, de recibir indignamente el pan de los ángeles, mas apenas hacemos escrúpulo de la tibieza y de las distracciones con las cuales venimos á participar de la divina hostia. No obstante, una comunión tibia y sin recogimiento, no es propia más que para irritar el corazón de Dios é inspirarle una especie de repulsión. ¿Cómo, pues, no temblar, cuando vemos á un sacerdote celebrar con tibieza el adorable sacrificio, ó á un cristiano acercarse distraído á los santos misterios? Los ángeles, ardiendo de amor, rodean el altar, envidiándonos un privilegio y unos favores que á ellos no se les han concedido. Los Principados se prosternan, las Potestades tiemblan, los Querubines adoran, los Serafines están en éxtasis de amor; sólo el hombre en medio de ellas se muestra tibio é indiferente, ¡qué digo! se muestra como ocioso, descuidado, y su imaginación vagabunda se ocupa de bagatelas, como si no hubiese en la Eucaristía más que una divinidad quimérica, incapaz de ver y sentir todas esas irreverencias.

Mas el Cordero que ahora se calla, rujirá un día como el león. ¿Qué espanto no se apoderará de nosotros entonces,

cuando veamos que vamos á ser juzgados por el mismo á quien hemos tratado tan indignamente y con tanto desprecio en la Eucaristía? Cuando oigamos como este juez terrible nos dice: Yo soy ese Jesús á quien tú recibiste con tanta frialdad y sin respeto cuando vino á alojarse en tu casa, á quien has hecho tantos ultrajes en el sacramento del altar, y cuyo cuerpo infinitamente santo has recibido en una boca impura, con tan poca atención como si fuese pan ordinario. Yo no soy ya el esposo de tu alma, soy el juez severo, no soy un Cordero, sino un león que va á hacerte expiar en su cólera su sangre profanada por tu tibieza y tus irreverencias? ¿Qué pensaremos al oír tales amenazas?

Si un súbdito, honrado con la visita de su rey, no se dignase ni aun mirarle, y, en lugar de atender á su presencia, no se ocupase más que de acariciar á un vil animal, tanto desprecio merecería ciertamente una reprobación del príncipe. He aquí, no obstante, cuál es nuestra conducta, cuantas veces, después de la santa comunión nos abandonamos á las distracciones y divagaciones del espíritu. Recibimos dentro de nosotros al Rey de los reyes, al Señor de los señores, y nuestro espíritu se entrega á necios é inútiles pensamientos, con los cuales se

divierte como un niño; juega con los animales de la casa. El gran médico, descendiendo del cielo, viene á nuestra casa para curar las llagas de nuestra alma, y nosotros nos presentamos á él llenos de distracciones, ocupados en bagatelas. La Santísima Trinidad se comunica á nosotros con todos sus tesoros, deseando enriquecernos con sus gracias, y nosotros nos apartamos, desdeñamos el oro puro que nos presenta, prefiriendo el cieno y corriendo á las criaturas. En una palabra, Dios nos habla y nosotros no atendemos á su voz. ¡Qué irreverencia! ¿Qué hay que admirar si, con esta conducta, nuestras comuniones son casi sin fruto, si no carecen de él por completo? Procuremos, pues, descubrir la causa de nuestras distracciones y el obstáculo para la devoción.

La negligencia en prepararnos es la causa de una comunión tibia, y la insuficiencia, y la precipitación en la acción de gracias es el efecto de ella. Es, pues, indispensable, necesario, corregirnos de ese doble defecto, si queremos frecuentar con fervor la santa mesa.

En primer lugar, debemos prepararnos con cuidado para la comunión. Los Israelitas no comían crudo el Cordero pascual, sino que le comían asado: si, tratando la realidad con menos respeto,

venimos á este adorable sacramento sin las disposiciones convenientes, sin preparación de nuestro corazón, ¿qué otro efecto puede tener, que el de dañar á nuestra alma? Recibimos del cielo mayor abundancia de gracias cuando estamos mejor preparados; porque siempre los dones celestiales se nos otorgan con más rica efusión cuanto mayor es la medida de fervor con que nos disponemos á recibirlos.

Tomemos nuestras resoluciones. ¿Qué preparación nos proponemos traer en lo venidero para la santa comunión? ¿Cómo nos portaremos la vispera de comulgar? ¿Continuaremos derramándonos mucho al exterior? ¿Ocuparemos nuestro espíritu en negocios de disipación? ¿Cuánto tiempo consagraremos á la acción de gracias después de haber recibido á nuestro Dios? ¿No imitaremos al indigno Judas, que *salió luego que tomó el bocado de pan*?¹

No tengo tiempo, decís, para hablar extensamente con Dios después de la santa comunión; distintos negocios me llaman á otra parte. Mas el interés de vuestra alma es también un negocio, el más importante de todos y aun el único necesario, y el tiempo que sigue á la comunión es el más propio para tratar

¹ Juan, 13. 30.

de él. Además, ¿cuál es esa ocupación tan urgente que preferís á la salvación y por la cual dejáis al huésped divino cuando os visita?

No sé qué decir á Jesucristo, añadís: mi corazón está árido, mis afectos entorpecidos, arrastro penosamente el tiempo al pie del altar y la distracción se apodera de mis pensamientos. Hay un medio para remediar esta indigencia del alma, el cual consiste en sujetarnos á leer con mucha atención los actos de virtud propios de esta circunstancia y que se encuentran en una multitud de excelentes libros de piedad. ¡Qué! ¡el divino huésped que se aloja en nuestro corazón es nuestro Rey, nuestro Dios, nuestro Esposo, nuestro Médico, nuestro Hermano y nuestro Padre, y no tenemos nada que decirle! Creamos, gimamos, esperemos, demos gracias, amemos, adoremos, descubramos las llagas de nuestra alma y solicitemos los dones del cielo.

En fin, hay un consejo cuya observancia es de la mayor utilidad, si queremos progresar en la virtud; apliquemos toda la vigilancia de nuestra alma en prever las adversidades y los acontecimientos más contrarios á nuestro carácter ó á nuestra inclinación que nos pueden suceder: representémosnos como ya pre-

sente lo que más tarde nos puede ocurrir y que debe infaliblemente tener lugar, lo que no obstante no es más que un porvenir probable. Pongámonos en seguida en la disposición de aceptar voluntariamente cualquier acontecimiento, hagamos interiormente los actos de las virtudes convenientes á la circunstancia prevista, y determinemos qué conducta nos proponemos observar, si nuestras previsiones se realizan. Este consejo está en todo conforme con lo que nos recomienda San Ambrosio.

*El hombre fuerte, dice, dirige la mirada de su alma al porvenir, y prevé con el pensamiento los acontecimientos que aun no llegan y se adelanta en cierto modo á ellos. Porque sabe que los que no los preven son sorprendidos por la adversidad, sucumben fácilmente y su valor se debilita en los accidentes imprevistos.*¹

Si frecuentamos la santa mesa con todas las condiciones que acaban de sernos expuestas, recogeremos los frutos preciosos que podemos esperar, encontraremos el medio seguro de salir de nuestra tibieza y el presagio cierto de una buena muerte.

¹ De Ofic. lib 1, cap. 33.

ARTICULO III

Del peligro á que nos exponemos retardando la recepción del santo Viático.

A consecuencia del funesto hábito de las comuniones tibias durante la vida, viene otro obstáculo á la buena muerte, no menos frecuente que temible; nos referimos á la negligencia y el retraso para recibir el santo Viático. Esta falta, tan común en nuestros tiempos manifiesta tanta ausencia de piedad, cuanto es dañosa al bien de las almas. Manifiesta una ausencia de piedad, porque es una resistencia al precepto de la Iglesia que crea á todos los cristianos peligrosamente enfermos una obligación de fortalecerse con la recepción de la Eucaristía; y es dañosa al bien de las almas privándolas de las gracias poderosas con las cuales este sacramento las sostiene en los combates de la agonía.

No hay duda que las razones que nos hacen diferir el pedir el santo Viático, son precisamente los motivos que deberían excitarnos á solicitar más prontamente esta gracia; porque, lejos de ser un triste presagio de la muerte, el santo Viático tiene por efecto, al contrario,